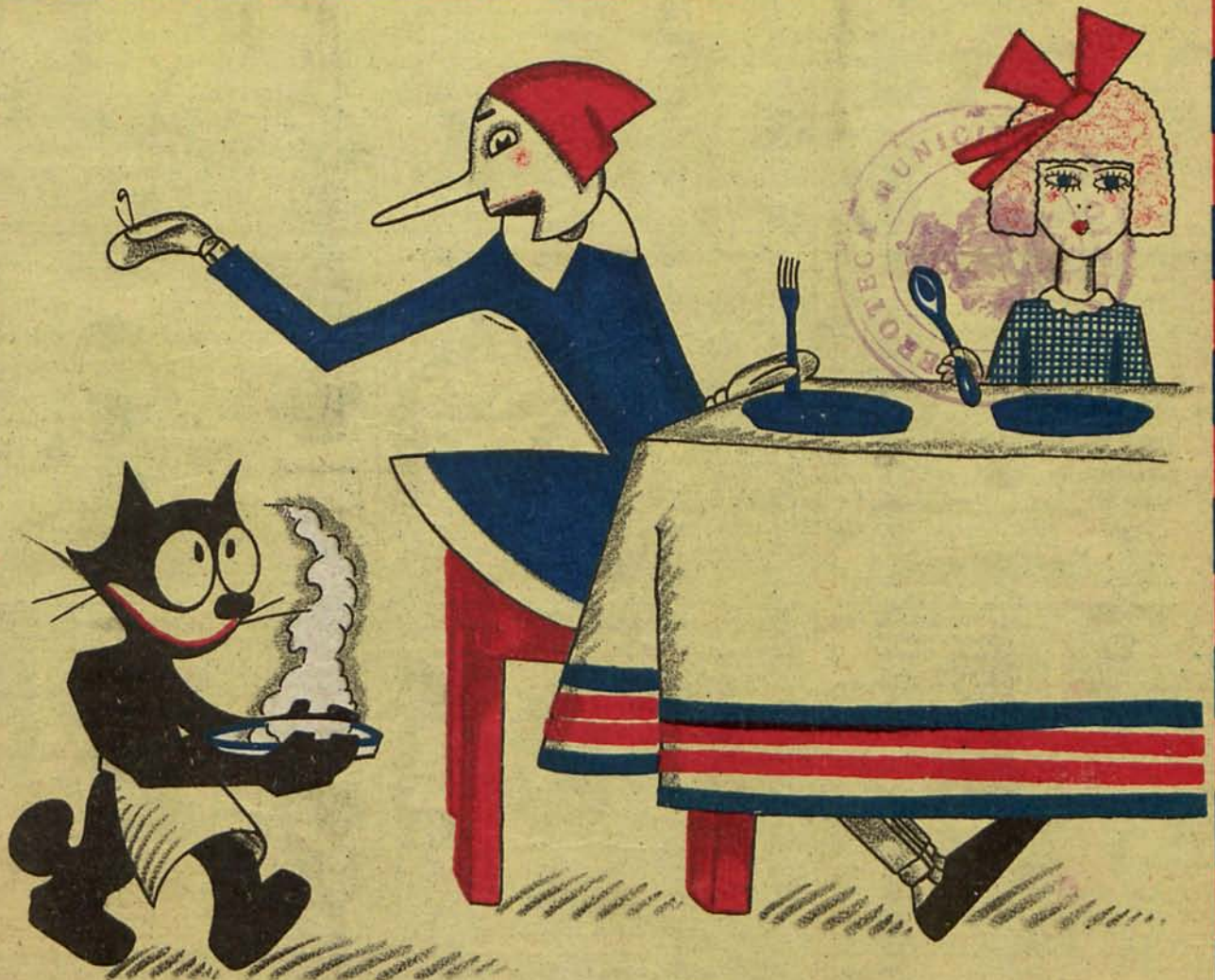


PiNOCHO

AÑO. III
NUM. 131.

25 cts

21. AGOSTO
1927



- OIGA, MOZO. ESTOY HARTO DE ENCONTRAR TODOS LOS DIAS EN LA SOPA ESTE ALFILER
¿NO HAY MANERA DE PERDERLO DE VISTA?
- NO SEÑOR; ¿NO VE USTED QUE ES UN IMPERDIBLE?

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL TÍGRE DEL MAR

CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Conclusión).

que era embestido por las olas, y parecía que iba a caerse. El pendón inferior y la vela habían sido arrancados y parte del cordaje había también desaparecido.

La situación de los supervivientes era extraordinariamente crítica.

De un momento a otro podían ser arrastrados junto con el palo que los sostenía, para chocar y estrellarse contra las rocas.

A las dos de la madrugada la cubierta del barco había desaparecido bajo el agua.

El *Giralda* parecía hundirse más y más, y los salientes de las rocas y las olas iban destrozando lo que aún quedaba de él. Las bandas habían sido arrancadas por el furioso oleaje y menos mal que los dos palos resistían, quedando aún en pie.

Capitán—dijo Cardal—, creo que ha llegado nuestro último momento. Muy pronto nos uniremos al resto de la tripulación que nos ha precedido al otro mundo.

—No perdamos el ánimo—respondió el lobo de mar, el cual conservaba todavía alguna esperanza—. La nave, al hundirse, se afianza más en el arrecife, y, por lo tanto, podrá resistir mejor el empuje de las olas.

—¿Pero nosotros cómo podremos salvarnos?

—Siempre hallaremos algunos maderos para construir la balsa.

—¿Y los tiburones? ¿No ve usted a esos malditos nadar constantemente en torno al barco? Mírelos usted. No falta ni uno sólo, y parece que están aguardando el momento oportuno en que caigan al agua los dos palos, para regalarlos con nuestra carne.

Y el contramaestre estaba en lo cierto.

A la luz de los relámpagos se veía a los terribles peces nadando con su boca abierta, sin apartarse del pobre barco destrozado.

El instinto les guiaba, y, después de haber devorado a los demás naufragos, esperaban con perseverancia el momento de poderse comer a los dos supervivientes.

Parecían comprender perfectamente la desesperada situación en que se hallaban los pobres infelices refugiados en el palo de mesana.

Algunos tiburones habían llegado ya a nadar sobre la cubierta, sepultada en el agua, para acercarse más al palo, al cual atacaban dándoles fuertes coletazos.

Se habían hecho dueños de la situación para impedir que los dos naufragos pudieran escaparse.

—Capitán—dijo Cardal un momento antes de que amaneciera—, ¡ahora sí que estamos condenados a morir!

—Yo confío aún, amigo mío—respondió el capitán—. El barco, embarrancado, resistirá aún durante mucho tiempo al oleaje y voy notando que precisamente amaina algo el temporal y que el ciclón se dirige hacia el Sur.

—¿Pero cómo podemos llegar a las costas de Cuba, si los tiburones nos impiden construir la balsa?

—Esperaremos que pase algún barco. Precisamente nos hallamos muy cerca de Santiago.

—¿Pero usted olvida una cosa muy importante para nuestra salvación—contestó Cardal.

—¿Y qué es?

—Que si el tan suspirado barco que ha de salvarnos tarda mucho en aparecer, corremos el peligro de morir de hambre, puesto que no tenemos a nuestro alcance ni un trozo de galleta.

El capitán, ante esta reflexión, se estremeció, mirando a los tiburones que les rodeaban.

Cardal tenía razón. ¿Qué pasaría si ningún barco acertaba a pasar por allí para socorrerles? ¿Cómo podían arreglarse para construir la balsa con aquellos terribles adversarios que les acechaban para tragarles al menor descuido?

Apenas iniciaran el descenso, los tiburones, colocados a pocos metros, avanza-

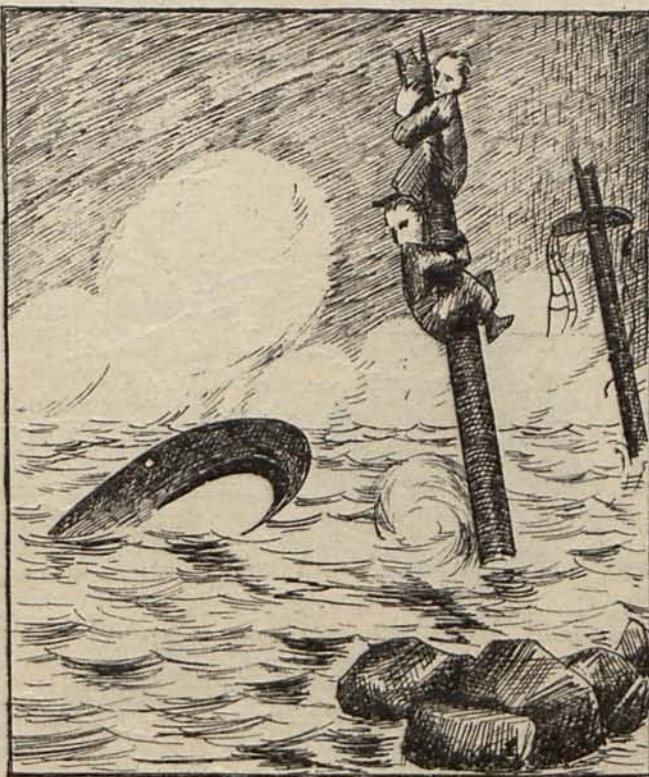
rían para alcanzarlos, y, más pronto o más tarde, conseguirían la apetecida presa humana.

Cuando apuntó el día, la desesperada situación de los dos naufragos no había cambiado.

La nave, empotrada entre las rocas, no se había movido, resistiendo al empuje de las olas.

Pero sólo sobresalían del agua los dos palos, el de mesana y el palo mayor, y parte del techo del castillo de proa.

En cuanto la luz del nuevo día permitió distinguir los objetos, el capitán y Cardal escrutaron con la vista el escollo y un grito de horror salió de sus gargantas. Los dos botes yacían destrozados y con la quilla al aire y entre sus restos se veían dos cuerpos humanos y faltos de piernas y brazos, que les habían sido arrancados.





—Nuestros pobres compañeros han sido devorados por los tiburones—exclamó el contraamaestre, poniéndose intensamente pálido.

—Es una muerte que se han buscado ellos mismos—respondió el capitán—. Si se hubieran quedado aquí con nosotros, refugiados en los palos, ahora estarían aún con vida.

—Para esperar una muerte todavía más horrible, capitán.

—No desesperemos aún, Cardal. ¿Reconoces la costa que se divisa hacia Oeste?

—Sí, capitán.

—¿No se halla hacia allí Santiago?

—Hacia el Sur, detrás de aquel alto promontorio—respondió Cardal.

—Entonces no dudes de que, más pronto o más tarde, aparecerá por aquí algún barco. Todavía conservamos la bandera de señales en el extremo de este palo y podremos hacer señales con ella para indicar nuestra situación.

Mientras tanto, otros tiburones se habían ido acercando, dejándose llevar de las olas, que aún era grandísimas, a los que ya cercaban el palo de una mesana y nadaban por allí. Hacían toda clase de contorsiones, como si se hallaran impacientes por devorar a los infelices naufragos, y unas veces sacaban del agua su hocico achatado, otras su dorso de un color gris oscuro, y, por fin, su plateado vientre. Abrían su enorme boca y después la cerraban con sordo ruido, moviendo las mandíbulas, armadas de tres hileras de dientes terribles, y agitaban la cola.

Sus ojillos casi redondos, de iris verde-oscuro y pupila azulada no se apartaban de la gavia de mesana.

Espiaban ávidamente la presa humana que se ofrecía a su vista, dispuestos a tragarla en pocos bocados.

El capitán y el contraamaestre, apoyados en la gavia, miraban con ansiedad hacia la costa con la esperanza de descubrir algún punto blanco que les anunciara un velero o alguna columna de humo que les señalara un vapor. ¡Qué largas les parecían aquellas horas!

¡Y nada aparecía sobre aquel mar todavía borrascosol!

¡Sin duda estaban destinados a morir de hambre en aquel palo, o a dejarse caer entre los fieros peces para abreviar su terrible agonía!

Pero no... La Providencia velaba por ellos.

A las cuatro de la tarde, Cardal, que tenía muy buena vista, divisó un punto blanco que parecía dirigirse a las costas de Cuba.

—Capitán—exclamó, gritando con toda su alma—: ¡Un barco!

El capitán se incorporó precipitadamente.

Una cosa blanca avanzaba por el Sur y parecía dirigirse hacia el escollo, sobre el cual se había estrellado el *Giralda*.

—¡Hagamos la señal!—gritó el capitán.

Cardal trepó hasta el extremo del palo de mesana, y, cogiendo la bandera, la ató a la altura de la gavia.

El barco se iba acercando a toda prisa. Se trataba de un hermoso bergantín que debía haber salido de San-

tiago con rumbo a Las Antillas, y seguramente habían llamado la atención de sus tripulantes aquellos dos palos que emergían del agua, y, por lo tanto, corrían hacia allá para salvar a los naufragos.

Una hora después llegaban a quinientos metros del escollo, bordeándolo con cuidado sumo. Los marinos hacían señales, a las cuales contestaban el capitán y Cardal.

Los del bergantín botaron al agua una lancha tripulada por seis hombres, y como el mar estaba ya casi en calma, se dirigieron rápidamente hacia el barco naufragado.

—¡Bajad—gritaron—, que venimos a salvaros!

¡Pero es que estamos cercados por los tiburones!—respondieron el capitán y Cardal.

Afortunadamente, los marineros venían armados de fusiles, y, divisando los feroces animales alrededor del palo, les hicieron algunos disparos, obligándoles a huir, algunos de ellos heridos. Diez minutos después los de la lancha recogían a los naufragos, llevándolos felizmente a bordo del bergantín.

Se hallaban tan extenuados, que costó mucho reanimarlos; pero con algunos vasos de Jerez lo consiguieron y pronto pudieron tenerse ya en pie.

Al día siguiente, Cardal y el capitán desembarcaban en Santiago de Cuba.



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**

¿QUÉ ES LO QUE ESTÁN RADIANDO?

¡PARECE UN ÓRGANO DESCOMPUESTO!

¿COMO ESTÁ USTED, DONA TEOTIMA?

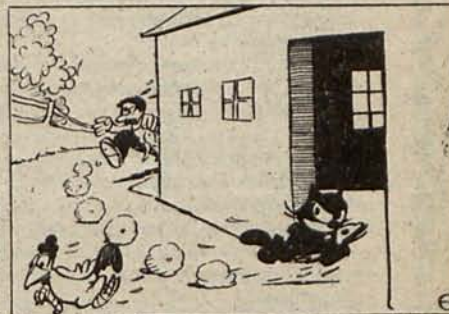
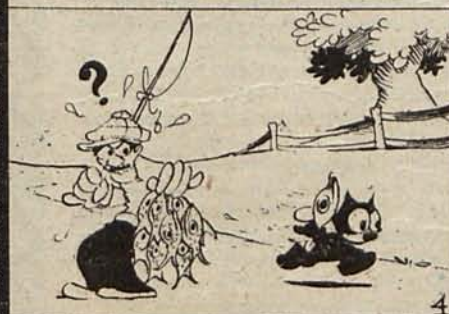
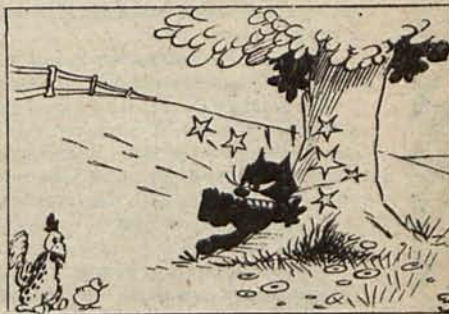
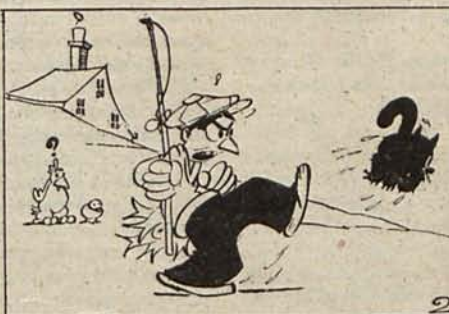
¡TERRIBLE HIJA!

MI OIDO ESTÁ MAL, NO VEO CASI, ME DUELE EL ESTÓMAGO, LAS PIERNAS, LOS CALLOS EL HIPOCONDRIO Y LA NARIZ!

¡ADEMÁS NO DUERMO NINGUNA NOCHE, PUÉS ME LAS PASO TOSIENDO!

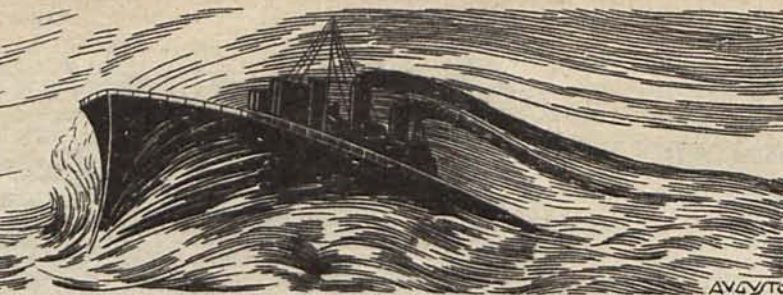
¡PARECE UN ÓRGANO DESCOMPUESTO!

PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación)

—¿Black estaba en vuestra compañía?—le preguntó el padre de Ellen.

—Estaba conmigo—respondió el ex-ladrón.

—¿Desde cuándo?

—Desde la noche en que vuestra hija estuvo a punto de ser inmolada a la diosa Kâli, allá, en el subterráneo de los estranguladores.

—¿Cómo!...—exclamaron a un tiempo Jaime Davy y Patrick, extrañados—. ¿Conocéis aquella triste aventura?

—Sí, y tengo de ello un recuerdo indeleble.

—Pero entonces...

—Estaba en el templo subterráneo, señores—dijo Mop con gravedad—; asistí a todas las ceremonias que precedieron a vuestra oportuna intervención.

—¿Estábais escondido?

—No, prisionero.

—¡Ah, Dios mío! ¿y luego...?

—Luego una puñalada me dejó como muerto en tierra.

—¿Qué es lo que decis?

—La verdad, señores.

—¿Y quién os la dió?

—Un estrangulador, por orden de un hombre que vos, capitán Davy, conocéis muy bien.

—¿Yol?

—Sí.

—¿Su nombre?

—Flaxman, el antiguo cajero de la Casa Lobster, el que debió sufrir todas las amarguras que su infamia y una tremenda equivocación hicieron caer sobre vos.

A tales palabras el rostro del capitán Davy expresó un estupor tan grande, que Mop se apresuró a añadir con una leve sonrisa:

—Todo se os explicará dentro de pocos minutos, cuando os encontréis frente al que tanto mal os ha hecho y que ahora daría su sangre gota a gota por no habérselo causado.

Lo que puedo deciros es que debo mi salvación a Black.

Dejado por muerto en el templo subterráneo, volví en mí algunas horas después de vuestra partida.

En torno mío reinaba el silencio; un silencio apenas roto por un alentar casi imperceptible a mi oído debilitado; sentía pasar por mi cara un aliento cálido y fuerte, y sospeché que fuese algún tigre atraído por el olor de la sangre y de los cadáveres.

No; era Black, que, habiéndome descubierto en el oscuro rincón donde yacía sin vida, me había reanimado con su respiración, con el calor de su lengua.

Soy muy fuerte, pero el golpe de kriss, que me había desgarrado el pecho, era tremendo, y cuando me saqué el arma, creí que toda mi sangre se marchaba por la herida.

El inteligente Black se apresuró a lamer la llaga, desinfectándola con su saliva, y yo, con mucho trabajo, pude desgarrar mi camisa, hacer vendas e hilas, y vendarme.

Otro peligro bastante grave me acechaba aún: la sed.

Me abrasaba; mi garganta estaba como un trozo de yesca y el delirio no tardó en apoderarse de mí.

Aun esta vez el instinto, o, mejor aún, la inteligencia de Black me salvó.

En efecto, el valiente animal, impulsado, sin duda, por la necesidad de satisfacer su sed, se puso a explorar todo el templo, había descubierto un recipiente lleno de agua que, probablemente, serviría para hacer desaparecer las manchas de sangre del sacrificio, bebió cuanto quiso, y después, como si comprendiese mi estado, se me acercó de nuevo, agarrándose por la chaqueta y arrastrándose hasta el recipiente del agua.

Lo demás se resume en pocas palabras: gracias a mi resistencia, pude ponerme en pie y arrastrarme fuera del templo, asilo demasiado peligroso para mí, por la probabilidad de que volvieran los estranguladores, o de una nueva visita de la policía holandesa.

Vivi algunas semanas la verdadera vida salvaje: errante por la selva, en compañía de Black, que daba caza a algunas aves y a pequeños cuadrúpedos con maravillosa destreza.

Finalmente, apenas me sentí dispuesto a poder afrontar cualquier peligro, volviendo al contacto de la civilización, torné a Batavia para esperar a Mr. Wendover.

—¿Sabíais que había de volver aquí?—preguntó el capitán Davy.

—Lo sabía.

—Pero podía no haber vuelto.

—Alberto Wendover, el comandante del *Crucero sin nombre*, jamás falta a su palabra.

—¿A pesar de cualquier impedimento?

—Así es.

—¡Uhm!

—La prueba está en que él se halla en Batavia desde ayer, habiendo llegado el día y a la hora señalados; yo le esperaba en el muelle.

—¿Qué audacia! ¿Y no temía que le prendieran?

—No.

—¿Por qué?

—¿Pero vos mismo no le habíais creído muerto en el naufragio del crucero?

—Es verdad.

El capitán Davy se quedó pensativo.

—¿Habéis venido a buscarme por encargo suyo?—preguntó de pronto.

—Sí, mister.

—¿Entonces sabíais que estábamos en Batavia?

—Alberto Wendover lo suponía, habiéndoo visto a bordo del *Thunderbolt* la noche del combate.

—Es curioso todo esto.

—¿Lo creéis, mister?... Sin embargo, nada más natural: era lógico que vos, al dejar Sydney, volviérais a la capital de Java para recoger a vuestra hija.

Alberto Wendover estaba dispuesto a arriesgarlo todo, aun a ir a Inglaterra, si era preciso, para encontrarlos; llegado a Batavia para tener noticias mías y de Mr. Flaxman, por el cual tiene un interés extraordinario, tuvo conocimiento por mí de lo sucedido a vuestra hija, y ello le persuadió de la necesidad de hacer preguntar por vos en el Consulado inglés.

—¡Ah! Comprendo.

—Tanto mejor.

—Fuisteis al Consulado...
 —Precisamente.
 —Y allí os dijeron que íbamos a embarcar en el trasatlántico que zarpaba para Europa.
 —Bravo; y corrió en busca vuestra, precedido de Black.
 —Todo ello es bien lógico.
 —¿Estáis persuadido?
 —Sí.
 —¡Enhorabuena! Esto me hace esperar que no os costará mucho trabajo ponerlos de acuerdo con Mr. Wendover, el cual, si procedió mal con vos, no es el gran culpable que se suponía.
 Pero, dispensad; hemos llegado a nuestro destino.

VII

EL ÚLTIMO ROBO DE MOP



NUESTROS amigos se encontraban a la puerta de una casa de aspecto modesto, medio europea, medio oriental. Entraron; el Consol inglés, que ni conocía a Mop ni había oído palabra del diálogo inserto en el capítulo precedente, se despidió diciendo que su deber le reclamaba en el Consulado.

Mop, que había comenzado a sentirse inquieto por la presencia de aquel legítimo representante de la autoridad británica, vio alejarse con la más viva satisfacción, y en su corazón le deseó cuanto bien podía desear para sí mismo.

—¡Cuerpo de mil javaneses asados!—murmuró alegremente, subiendo la escalera con mayor ligereza—. He ahí un hombre que me gusta; hará carrera... ¡Vaya un apuro si llega a subir y se encuentra frente a frente nada menos que del comandante del *Crucero sin nombre*, y descubre en mí a un inquilino de las cárceles inglesas; inquilino, hay que decirlo, que siempre hizo lo posible por no pagar la pensión!

Todo sale a las mil maravillas: Mr. Alberto Wendover se verá satisfecho, y el pobre Mop, después de haber hecho con el ilustrísimo señor canalla Flaxman la sencilla operación que se practica a los pollos antes de desplumarlos y ponerlos a cocer, podrá vivir en paz como hombre honrado y morir, a su debido tiempo, en la gracia del Señor.

Paróse junto a una puerta entornada y la empujó, diciendo a los que le seguían:

—Entrad, señores.

Black, como si fuese el amo, precipitose en el interior de la habitación, distribuyó rápidamente algunas caricias entre los hombres y la joven que la ocupaban, y luego fué a acurrucarse en un rincón, dispuesto a gozar por completo de la escena que se iba a desarrollar.

Jaime Davy, miss Ellen y Patrick entraron uno tras otro. Dos gritos se oyeron al momento:

—¡Polly!

—¡Ellen!

Y miss Lobster abrió los brazos, entre los cuales se arrojó Ellen con ímpetu casi infantil.

Los cuatro hombres que presenciaban tan bella escena, se miraron.

Alberto Wendover, pues nuestro principal héroe era uno de ellos, se acercó al capitán Davy, e indicándole una silla, le dijo:

—Mister, tened la bondad de sentaros; vuestra presencia aquí me indica que estáis dispuesto a escucharme.

El capitán Davy hizo una reverencia y se sentó; lo mismo hizo Patrick, atendiendo una cortés indicación del viejo presidente de los fenianos.

—Mister—continuó Alberto, en medio de un religioso silencio—, quizás sabéis ya que hemos sido víctimas de una

fatal equivocación, la cual no podría reparar, por lo menos en parte, si Dios, dándome con ello una prueba de su benevolencia, no me hubiese salvado del naufragio que costó la vida a mi barco y a la mayoría de mis compañeros.

Escuchadme: seré muy breve.

Conocéis el período más tremendo de mi vida; sabéis que en 1880 fui condenado por un robo de cien mil pesetas hecho a Mr. Cyrus Lobster.

Pruebas fehacientes estaban contra mí, y, sin embargo, yo no era culpable, mi conciencia estaba tranquila; pero era inútil decirlo a los jueces, proclamarlo al público: había pruebas aplastantes que nadie podía destruir.

Fui condenado y, en medio de mi desesperación, juré buscar al infame que había preparado mi ruina escondiendo en los cuadros de mi habitación las cincuenta mil pesetas, mientras yo me hallaba en una reunión nocturna del Club de los Fenianos, presidida por el caballero que véis aquí a mi lado.

Una cosa estaba clara: el robo no podía haber sido efectuado más que por tres empleados de la Casa Lobster, los cuales se llamaban Alberto Wendover, Jaime Davy y Flaxman, el cajero.

No siendo yo el autor, ¿cuál de los otros dos lo era?

A esta pregunta no me hubiera sido fácil responder si la casualidad no me hubiese ayudado.

Un día me dieron por compañero de celda a un ladrón, cuyo nombre era Mop; éste había sido encarcelado a consecuencia de un robo por él cometido en una casa contigua a mi habitación, en la noche del 28 al 29 de Julio.

Pues bien, él había visto a un hombre esconder billetes en los cuadros de mi cuarto; quise que Mop me le describiera, y él, de buena fe, me hizo vuestro retrato.

—¡Mi retrato!—exclamó Jaime Davy, asombrado, pálido la frente inundada de frío sudor.

—Sí—prosiguió Alberto—; pero, os lo suplico, escuchadme aún.

Desde aquel momento no dudé ni tuve más que un pensamiento: vengarme atrocemente.

Demasiado sabéis cómo la suerte ayudó mi triste obra de venganza: hundí vuestros barcos, llegué a lanzaros en la miseria y aún fui la causa indirecta de la muerte de vuestra esposa.

Como si eso no fuese suficiente, la casualidad guió la balsa en que os hallabais a mi camino, y me dió ocasión de recogeros a bordo.

Las circunstancias me ofuscaron de tal modo, que llegué a creer que el Cielo protegía mis actos, y llegué a ser inexorable.

Sin la intervención de Mop, no me quedaría más que buscar en la tumba el olvido de tan crueles remordimientos, porque, lo confieso, había yo llegado a tal grado de abyección, que negué todo auxilio a vuestra hija agonizante y estaba decidido a dejaros morir de hambre en la bodega del barco.

Fué Mop quien impidió tan horribles delitos, y por ello se ha hecho acreedor a mi eterna gratitud.

Después de nuestro duelo, creyéndos muertos, hacía lo posible por sentirme satisfecho, cuando una tremenda revelación descubrió ante mis ojos un abismo.

El verdadero culpable del robo hecho en perjuicio de Mr. Lobster, era Flaxman, el cajero, que, valiéndose de la semejanza existente entre vos y él, había teñido su barba del color de la vuestra, se había, en una palabra, apoderado momentáneamente de vuestra figura para salvarse de todas las maneras, perdiéndonos a mí o a vos.

Quise revelaros todo, pidiros perdón, ofreceros una reparación: me impedisteis hablar y me obligasteis a huir.

Lo que sucedió después, ya lo sabéis, por cuanto estáis sobre el *Thunderbolt* la noche de la aventura de Sydney.

(Continuará en el número próximo).



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





POTIPÁN Y CAÑAMÓN



CUENTOS DE CALLEJA

EL HAMBRE DE UN MILLONARIO

Castillo

ERA una vez un caballero muy rico y muy orgulloso; creía el iluso que no necesitaba de nadie, y que, al contrario, los demás hombres no podían vivir sin él; pero bien pronto la realidad vino a demostrarle que estaba equivocado, y que si sus millones servían para algo, era debido a las personas que le rodeaban, por pobres y miserables que pareciesen.

Sucedio, pues, que los criados de aquel caballero se propusieron darle una lección, y un día determinado se despidieron de él todos a la vez, diciéndole que no querían continuar a sus órdenes. El amo los echó de su casa con ademanes soberbios, y les aseguró que no tardarían en presentarse a solicitar las vacantes que ellos dejaban cientos de criados, porque el dinero todo lo puede.

Pues, señor, pasaron horas y horas y nadie se presentaba a servir al caballero, el cual, llegada la hora de comer, se vió en la precisión de ir a la cocina con objeto de preparar él mismo el almuerzo. Pero no pudo conseguirlo; en el hogar no había lumbre, ni en la carbonera carbón, ni utensilios en la cocina, ni comestibles en la despensa; en fin, nada.

—Bueno—pensó el caballero—; esos granujas me lo han robado todo; no importa; llamaré por el balcón al primero que pase, para que me traiga el almuerzo de la fonda.

Y, efectivamente, el millonario se asomó al balcón, y vió pasar por la calle a uno de sus antiguos colonos.

—¡Joaquín! ¡Joaquín! ¡Sube!

Sí, sí; ¡buen caso hacía Joaquín de los gritos del millonario!

—No debe de haberme oído. Pero allí viene el niño del hortelano... ¡Andresito! ¡Sube!...

Andresito oía aquello como quien oye llover.

—¡Sube, Andresito, que te voy a dar una cosa!

Pero el chico seguía sin hacer caso del señor, el cual se dijo:

—Como hace tanto viento, no debe de oírse mi voz desde la calle. Bajaré a la puerta.

Y así lo hizo. Pronto vió venir por la calle a uno de sus más fieles amigos.

—¡Amigo Sebastián! ¡Ven acá!

Pero Sebastián siguió imperturbable su camino.

—Pues, señor—dijo el caballero—, ¿se habrán quedado sordos todos los habitantes de esta villa?

Y en esto pasó una mujer, que era la lavandera.

—¡Vamos, gracias a Dios! Esta mujer vendrá por la ropa, y podré mandarla por el almuerzo... ¡Petronila! ¡Petronila!

Y Petronila, sin hacer caso, pasó tranquilamente.

El caballero comenzaba a impacientarse. De repente se le ocurrió una idea luminosa.

—Lo que quiere esta gente es dinero, no cabe duda; pues se lo daré, porque por mucho que gaste, ni siquiera se notará en mi fortuna. Entonces vió a un mendigo astroso que solía ir todos los viernes a pedir limosna a su casa.

—¡Vaya, gracias a Dios que viene el tío Miseria!

Pero el tío Miseria siguió su camino, sin detenerse a pedir la acostumbrada limosna.

—¡Tío Miseria!—gritó el señor—. ¡Tome usted cinco duros!

Sí, sí; ¡buen caso hacía de los duros el tío Miseria!

El rico ya no pudo resistir más. Ardiendo en ira y renegando de sus infames criados, se marchó a la fonda. Sentóse frente a una mesa, y viendo que nadie se presentaba a servirle, llamó a palmadas al camarero; nadie acudió; volvió a llamar; nada; palmo-teo va, palmo-teo viene; nada. El hombre quiso hacer una barbaridad y romper a palos espe-

jos y muebles para ver si así se presentaba alguien; pero como ya había comprendido que aquella gente se conjuraba contra él, tuvo la prudencia de marcharse. Cuando salió de la fonda, vió a todos los camareros asomados a los balcones riéndose socarronamente de él.

Llegó la noche; el caballero no quiso ceder; porque si el hambre le mortificaba, el orgullo le sostenía.

—Me acostaré—dijo—, y mañana veremos lo que sucede.

Y se marchó a su alcoba. Pero con gran sorpresa vió que la cama no estaba allí, porque también se la habían llevado los servidores.

—¡Ah, granujas, malvados...!—exclamó—. En fin, no hay más remedio que tener paciencia. Me acostaré en un diván, y me taparé con las ropas que hay en el ropero. ¡Volaverunt! No quedaba ni rastro de lo que buscaba.

El millonario tuvo que echarse en el suelo; pero se





levantó al poco rato, porque ni el hambre ni los huesos doloridos dejábanle dormir. A media noche sintió debajo de sus balcones rumor de gente. De pronto estalló con infernal estruendo una espantosa cencerrada, que sus buenos servidores le ofrecían, haciendo sonar latas de petróleo, almoreces, esquilones y otros instrumentos tan estrepitosos como éstos.

—¡Qué infames!—exclamó el corrido caballero—. Los voy a matar.

Pero se detuvo, porque, habiendo cesado el estruendo de la cencerrada, oyóse una muy hermosa voz de mujer, que cantó así:

«Nunca seas orgulloso
por más que tengas millones,
porque los hombres más ricos
no son nada sin los pobres.»

—¡Esto me faltaba!... ¡Que vengan ahora esos gándules a burlarse de mi situación!... ¡Ya verán, ya verán la que se arma mañana!...

Llegó, por fin, el día siguiente. El millonario rabiaba de hambre.

—Pues, señor—dijo para sí—, no es cosa de dejarse uno morir. Aunque me cuesta gran trabajo, tendré que ir yo mismo a la tienda a comprar cualquier cosa: salchichón, jamón, pan... algo, en fin, que se pueda comer crudo.

Y, efectivamente, el millonario tuvo que humillarse, hasta el punto de entrar en una tienda de comestibles.

Detrás del mostrador se encontraba el dueño del establecimiento.

—Buenos días—dijo el rico hambriento—; deme usted medio kilo de salchichón.

El tendero no se movía, ni daba señales de hacer caso.

—Que me haga usted el favor de venderme medio kilo de salchichón, buen amigo.

Pero el tendero seguía hecho una estatua.



El millonario salió a la calle. Todos los transeúntes se reían de él.

—¿Qué haré, Dios mío, qué haré? Esto es atroz... ¡Oh, qué idea tan feliz! Me disfrazaré, me vestiré de cualquier cosa y compraré pan en cualquier punto.

Se encerró, pues, en casa, y allí se cortó la barba, se tapó un ojo con un parche, se vistió un traje viejo estrambótico, y por una puerta excusada salió a la calle.

Entró en una tienda, y con voz fingida pidió unos cuantos comestibles.

Pero el comerciante sospechó desde una legua que aquel espantajo era el señor de los millones, y no hizo caso de él.

—¡Ingratos!—exclamó el malaventurado caballero—. ¡Así me pagan los beneficios que les he hecho!

Y el pobre millonario se fué a su casa, se llenó los bolsillos de dinero, y abandonó aquella villa con ánimo de trasladarse a otro pueblo donde encontrara qué comer. Salíó al campo. El hambre le mortificaba horriblemente. Desfallecido, se sentó en el borde del camino, y herido tanto en el corazón como en el estómago, se echó a llorar.



En aquel momento pasaba por allí el tío Miseria.

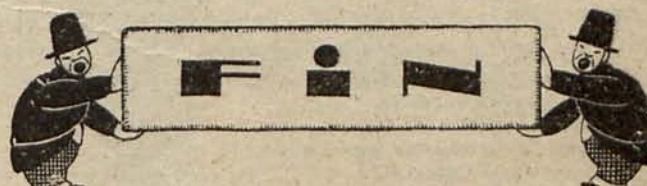
—Buen hombre—dijo, acercándose al millonario—, ¿por qué llora? ¿Qué le pasa?

—¡Hambre! ¡Tengo hambre!—contestó el potentado humildemente.

—¿Hambre? Pues no se apure, amigo, que aquí tengo yo un pan, unas cebollas y una bota con vino, y verá cómo comemos muy bien juntos, porque todos los hombres somos hermanos.

El pobre caballero no contestó palabra. La Providencia le había tocado en lo más vivo del alma con aquella tremenda lección, que venía a probarle la exactitud de aquel cantar:

«Nunca seas orgulloso
por más que tengas millones,
porque los hombres más ricos
no son nada sin los pobres.»





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Te encuentro hoy muy nervioso, querido Chonón, ¿te pasa algo?

—Casi me da vergüenza decirte la causa de este estado en que me hallas. Pero he de confesarte que no puedo poner nada de mi parte para remediarlo. Hay, sin duda, un agente exterior, que, prescindiendo de mi voluntad, excita mis nervios. ¿Sabes quién me pone así?

—Me lo figuro. Tú estás nervioso por efecto de la tormenta que acaba de descargar.

—Tú lo has dicho. Y prueba de que no depende de mi voluntad esta excitación nerviosa, es que a veces yo mismo noto que va a haber tormenta porque me lo avisan mis nervios.

—Es exacto lo que dices.

—¿Y a qué obedece ésto, querido buho?

—Tú sabes que la tormenta es un fenómeno eléctrico, y sabes, también, que el sistema nervioso es muy sensible a la electricidad.

—Pero yo conozco a muchas personas que tienen también su sistema nervioso y no sienten el menor síntoma de excitación durante las tormentas. Al contrario, parecen disfrutar de un grandioso espectáculo y se asoman, para verlas mejor, a balcones y ventanas.

—Ello depende del grado de excitabilidad de los nervios de cada persona. Ya sabes que no todos los hombres son iguales. Los hay muy nerviosos y los hay muy tranquilos. De todos modos, el hecho de asomarse a los balcones durante una tormenta no es nunca aconsejable. La tormenta ofrece algunos peligros que hay que procurar alejarlos, pero nunca acercarnos a ellos, porque nos exponemos a un serio disgusto.

—¿Y el hecho de asomarse al balcón lo consideras tú como peligroso?

—No es, desde luego, un procedimiento preventivo acercarse a las barandillas de hierro ni a otros objetos que sean buenos conductores de la electricidad.

—Dime, pues, qué precauciones he de adoptar cuando haya tormenta, porque me interesa mucho conocerlas.

—Si estás en tu casa, puedes tenerte por seguro. No obstante, si quieres, puedes extremar las precauciones no acercándote a tuberías de gas o agua, a chimeneas donde haya hollín, porque éste es buen conductor. Lo mismo son buenos conductores todos los objetos de metal.

—Pues me parece difícil no estar cerca de alguno de ellos, pues ya sabes que en casa hay siempre infinidad de objetos metálicos, de los que no hay otro medio de alejarse que marchándose a la calle.

—Ya te he dicho antes que en casa estás bien seguro y que sólo a título de exageradas precauciones te doy estos consejos. En el campo es donde hay que tener más cuidado, y donde deben evitarse los peligros. Puede asegurarse que la inmensa mayoría de las desgracias que ocasionan las tormentas en el campo son producidas por imprudencias o ignorancia de sus víctimas. Claro que hay casos en que la fatalidad ha sido el único factor, y éstos hay que descartarlos.

—Dime, pues, qué he de hacer si me sorprende una tormenta en el campo.

—En primer lugar, no debes buscar cobijo debajo de ningún árbol.

—¿Y si llueve?

—Es preferible que te mojes a sufrir el peligro de que te achicharre una chispa. Los árboles son, por regla general, excelentes conductores del rayo y por su condición de altura lo atraen más que todas las cosas que están a su alrededor. Esto mismo le ocurre a todas las demás cosas elevadas y, sobre todo, a las terminadas en punta.

—¿Y por qué es eso?

—Porque la electricidad tiende siempre a escapar por las puntas. En cambio, las superficies planas o esféricas conservan muy bien el estado eléctrico y no lo dejan que se escape. Por esta razón, los pararrayos terminan en una afilada punta, que, además, ha de ser de un metal que tenga un alto grado de fusión, porque si no, al caer en él un rayo, lo fundiría por completo. Aun así, se ha observado que muchos pararrayos se quedan al rojo vivo después de recibir una descarga eléctrica.

—¿Tanto calor desarrolla el rayo?

—Tanto y muchísimo más. Para producir una chispa eléctrica de potencia igual a la del rayo, haría falta una maquinaria capaz de generar una corriente de millones de voltios.

—No te entiendo, amigo buho. Me has hablado de voltios, y de eso no sé ni una palabra.

—¿Tú tienes alumbrado eléctrico en tu casa?

—Naturalmente.

—¿Y no has notado que las bombillas se calientan al ratito de estar luciendo?

—Ya lo creo. Como que algunas veces no pueden tocarse porque queman.

—Pues este calor está desarrollado por una corriente que sólo tiene unos cien voltios de potencia. Imaginate ahora el calor que desarrollará una chispa que tenga un potencial de millones de voltios.

—Será un incendio.

—Así es, desgraciadamente, algunas veces. También he de recomendarte, como medidas de precaución, no ir por el campo montado en caballerías, ni aun cerca de ellas, ni llevar escopetas, o paraguas con varillas metálicas, porque todos estos objetos conducen muy bien la electricidad.

—Entonces lo mejor que puedo hacer es no salir al campo cuando haya tormenta.

—Y harás muy bien. En cambio, es delicioso salir a pasear después de pasada la tormenta.

—Has adivinado uno de mis mayores gustos. El ambiente fresco y el olor a tierra mojada que se respira en el campo después de las tormentas, me agradan muchísimo.

—Pues si te parece, vámonos a dar un paseito, porque la tormenta ya está muy lejos.

—Encantado. Vamos allá.

Cuarto Gran Sorteo de Regalos para todos los Pinochistas

Pueden tomar parte en este sorteo no sólo los suscritores, sino **todos los lectores de PINOCHO**. Los premios, como siempre magníficos, serán los siguientes:

- 1.º Un auto Citroën igual que los anteriormente sorteados.
- 2.º Una estupenda bicicleta.
- 3.º Doscientas pesetas en dinero.
- 4.º Un baúl «trousseau» de muñeca.
- 5.º Cien pesetas en dinero.

Para tomar parte en este sorteo habrá que reunir todos los cupones que publicaremos correlativamente hasta el último número de Setiembre de 1927. En dicho número se publicará una plantilla, en la cual habrán de pegarse todos los cupones publicados y remitirlos en la forma que entonces explicaremos. Por cada cupón que falte habrá que pagar un real, de modo que tened buen cuidado y guardarlos bien para que no falte ninguno al final.

Cada Pinochista tendrá que escoger su número, y los cinco Pinochistas que escojan números más aproximados a los cinco primeros de la **Lotería de Navidad**, serán los que obtengan los cinco premios de nuestro **CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS**.

Los demás detalles serán publicados oportunamente.

PINOCHO

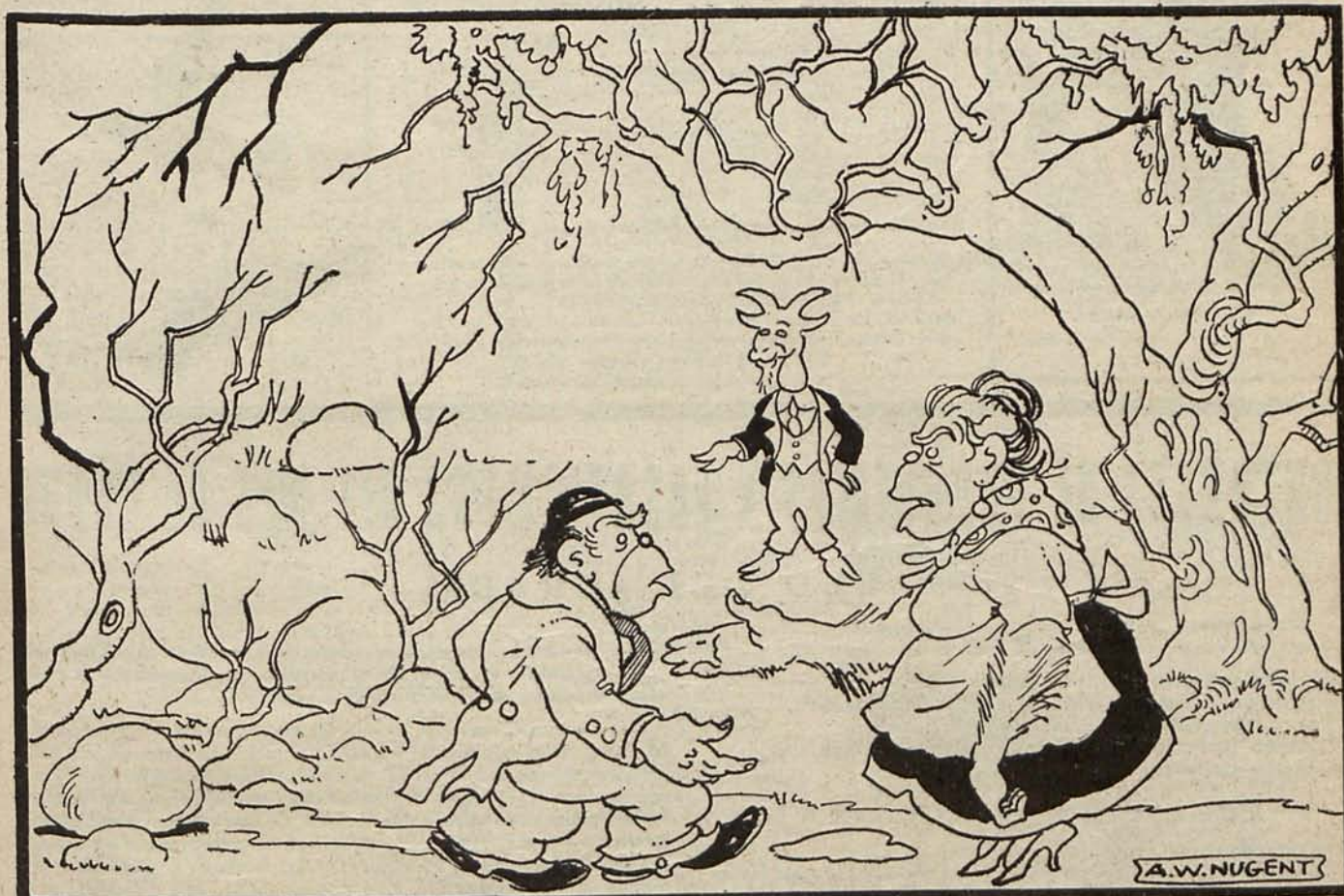
SORTEO DE REGALOS
DE NAVIDAD DE 1927

CUPÓN N.º 11

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

ROMPECABEZAS

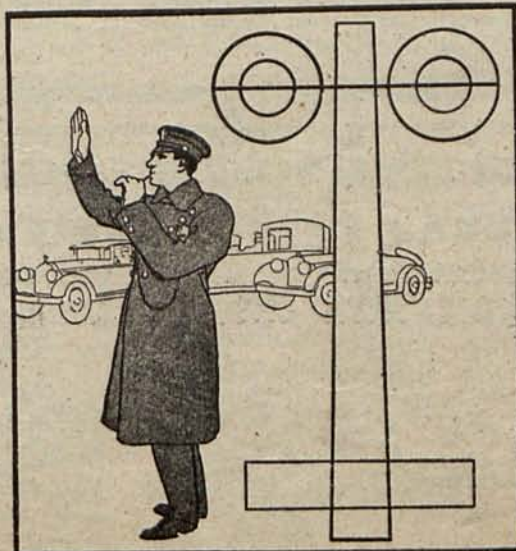
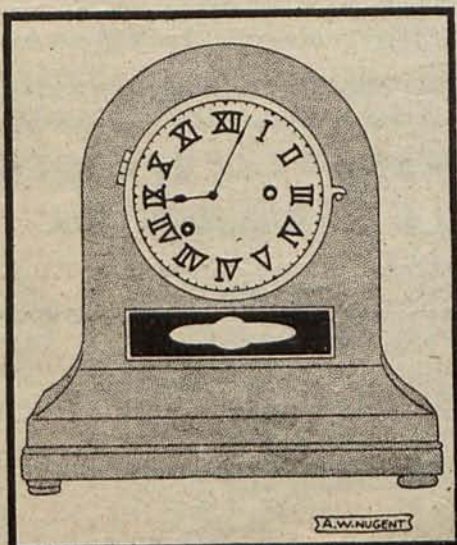


He aquí a los papás de Monídez y Monádez muy contrariados porque sus hijos se les han perdido. ¿Dónde se hallan Monádez y Monídez?

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?

DIBUJO COMPLICADO

Diez son los errores del presente dibujo; uno, por ejemplo, es que los números 4, 5, 6, 7 y 8 deben estar colocados al revés cuando son romanos, como en este caso ocurre. ¿Cuáles son los otros nueve?



Se trata de dibujar de un solo trazo, y sin levantar el lápiz ni pasar dos veces por un mismo sitio, el poste indicado que hay al lado del guardia.

CONTINUACIÓN DE LAS SOLUCIONES DE PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

¿DÓNDE ESTÁ EL GALLO?



¿QUÉ ERRORES HAY EN ESTE DIBUJO?



La vaca tiene cola de caballo.—El mango del rastrillo no está en el centro.—Al gallo le falta un espolón.—También le faltan dedos en las patas.—La rueda de la carretilla no tiene su eje en el centro.—La regadera no tiene agujeros por donde salir el agua.—La veleta marca en una dirección y el humo va en otra.—A la horquilla le falta agujero en el mango.—El diente del centro no está en su sitio.

¿DÓNDE ESTÁN LOS PÁJAROS?



CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

FALLO DEL JURADO

PREMIOS

Primer premio.—Lorenzo Bastos, Vitoria.
Segundo premio.—Isabel L. de Mendiola, Madrid.
Tercer premio.—Antonio Sagareta, Durango.
Cuarto premio.—Luis Fernando Castro, Málaga.
Quinto premio.—Julián Mangado, Madrid.

ACCESITS CON DIPLOMA

Se conceden a los siguientes Pinochistas:

Antonio Arribas León; Pepito Sarabia, Córdoba; Gonzalo Hevia, León; Manolita Gutiérrez, Madrid; José Valls, Gerona; Martín Novales, Madrid; Ignacio Pedrones, Coruña; Gaspar Aliño, Vitoria; Josefina Rosell, Tortosa; Jaime Peña, Segovia; Arturo Iznallor, Madrid; José M. de Lezamendi Arteta, San Sebastián; José Espuñes, Madrid; José Fernández, Madrid; Luis Camaño, Madrid; Luz Guijarro Esteban, Ciudad Real; Amalio Méndez, Segovia; Ismael Trujillo, Jaén; Manuel Latorre Santos, Burgos; Jerónimo Maestre, Badajoz; Lorenzo Barros, Barcelona; Miguel López; Pepita Losar y Vega, Cuenca.

Los premios consisten en libros de **Cuentos de Calleja**. El **accesit** consiste en un **diploma** con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la **Administración de PINOCHO**, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a **PINOCHO**, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido (los Pinochistas de América tendrán tres meses para reclamarlo), acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con **accesit** deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accesit».



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE AGOSTO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección, pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente.



Jimmi Murphi, rey de la pista.
VICTOR JOSÉ GIL.



Hacia Buenos Aires.
MIGUEL ALMIÑANA.



—Llama a tu perro
—Suya es la culpa, señora. ¿Por qué le enseña esos huesos?
NICOLÁS MENÉNDEZ.



Don Polipasto.
F. BUSTAMANTE.



Piel roja.
CAMILO CELA.

Lo que quiero a mis amigos.

A Pinocho y a Pirula, de eso no hay que hablar gran rato, pues daría yo mi vida por salvar la de ambos.

A Currinche de mi vida ya no hay quien le quiera más: cuatro abrazos le daría, y cuatro mil besos más.

Al bueno de Turulato le daría yo cuarenta, pues, como ya digo antes, es más bueno que la menta.

A Corretón y a sus chicos les quiero y me gustan mucho, porque ¡me hacen reír tanto esos demonios de chicos!

Colorín es muy salado, y, con toda su pandilla, hacen pasar muy buen rato.

Anita con sus bondades y Pelucho con sus mañas, son los dos muy salerosos y ambos tienen mucha gracia.

Al menudo Cañamón y a su hermano Potipán les regalaría yo un hermoso mazapán.

Y por último, a Morronguis le quiero yo tanto y tanto, que le tendría en mi casa mucho mejor que a otro gato.

MARÍA TERESA URRUTIA.
Doce años.



Alcázar de Segovia.
JOSEFINA BASCHWITZ.



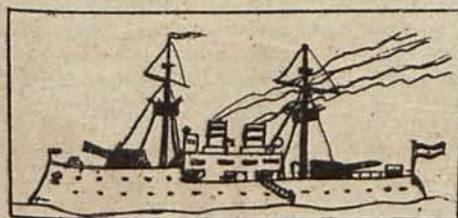
Terrible estocada.
FAUSTO SUÁREZ.



LUIS M. G.ª DE PAADIN.



Mi abuelita, la rica.
M.ª FERNÁNDEZ BARROSO.



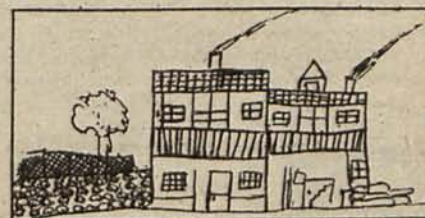
Pinocho en busca de Chapete.
RAMÓN PACHECO.



Uzcudem.
JORGE V. RADAELLI.



Mi caserío.
MAGDALENA YPES.



La casa de Doña Esterlina.
CARMINA CALDERÓN.



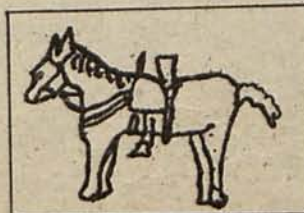
Currinche.
JOSÉ LÓPEZ DE CARRIZOSA.



Colorín.
JOSEFINA GONZÁLEZ.



Un piel roja.
M. NIETO MOLINA.



El caballo de Pinocho.
RAMÓN JAKAQUEMADA.



Don Turulato.
LUIS CABELLO.



Pinocho y su ardilla.
JESUSA MORALES.



SECCIÓN PIRULA

PIRULA, BORDADORA

Dice un refrán español: «Siempre perdes, cansan.» Claro que, tratándose de vosotras, para quienes seguramente las perdes no son vuestro manjar pre-

dilecto, podríamos arreglar el refrán, diciendo: «Siempre pasteles, cansan.» Esto os parecerá imposible, y hasta me parece oír a alguna de vosotras decir, abriendo mucho los ojos:

—¡Andá! ¡Con lo que me gustan a mi los pasteles, cualquier día me cansaba yo de comerlos!

Y, sin embargo, si no os dieran más que pasteles, aunque les añadieran bombones y confites, a los tres días suspiraríais por un humilde pedacito de pan... y estaríais hartas de golosinas. Pues lo mismo sucede con los recreos y la holganza.

Siempre divertirse, no trabajar nunca, ¿no os parece que acaba por resultar aburrido?

Y si no la prueba: hace ya más de un mes que estáis en vacaciones y quizá hasta sin daros cuenta empezáis a sentir vagamente como una necesidad de hacer algo más que jugar.

Sentémonos un momento en la arena de la playa, o en la hierba del campo o, sencillamente, ante el balcón de nuestra casa y... trabajemos.

¡Ah! Claro que un trabajo sencillo, fácil, un verdadero trabajo de verano.

Elegiremos para ello una de esas labores que cunden mucho y se hacen con algodones de vivos colores; esas labores que son propias para adornar un delantal, una mantelería de diario o un mobiliario de casita de campo.

Y ya que de campo hablamos, ¿puede darse algo más campestre que esta mariposa que revolotea entre florecillas silvestres? (Fig. 1.)

El césped se simula con un festón recto de puntadas desiguales. Las hojas, los tallos y las mariposas se hacen a punto de cadenetá. Para cada pétalo basta con las dos puntadas especiales para este objeto y que ya os he explicado en otras ocasiones. Unos nudos apretados formarán el corazón de las flores.



Fig. 1ª

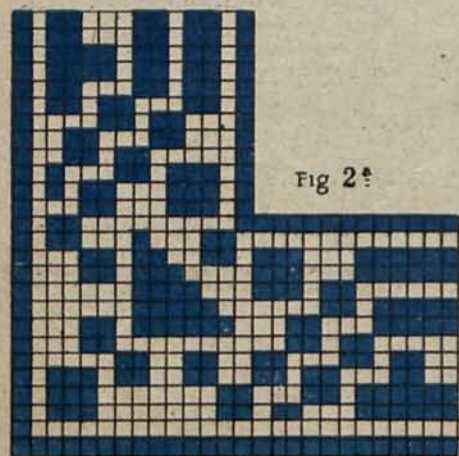


Fig. 2ª

En cuanto a los colores, los combinaremos, naturalmente, eligiendo los más vivos y alegres: rojo, amarillo, verde y azul.

Este motivo, que puede reproducirse tal cual aparece en el grabado, también puede servir para formar una cenefa alrededor de la pantalla o de un mantel, etc.

Los otros motivos que aquí os doy (figs. 2 y 3) se hacen a punto de cruz.

Estos grabados representan una esquina de un mantelillo cuadrado.

Os los doy en tamaño grande para que os sea más fácil de reproducir. Claro que así tienen menos vista, pero una vez terminados, el efecto es realmente precioso.

Podéis hacerlos sobre cañamazo en varios colores, lo que dará un resultado muy parecido a esas labores búlgaras tan pintorescas, tan alegres y tan de moda actualmente.

También podéis hilvanar el cañamazo sobre la tela y quitar los hilos una vez terminada la labor, como ya hemos hecho en otras ocasiones.

En este último caso, el bordado resultará delicadísimo en un solo tono: amarillo, café, salmón, o azul marino, sobre blanco.

PIRULA, REPOSTERA

Cómo se hacen las magdalenas.—Ahí va, mis golosas Pirulindas, la receta prometida; como veis, soy muñeca de palabra:

Se calientan 60 gramos de mantequilla fresca; cuando está derretida, se le

añaden 125 gramos de harina, 150 gramos de azúcar, la mitad de una cáscara de limón rayada, una cucharada de agua de azahar y tres yemas; se baten a medio punto de nieve las tres claras y se mezcla todo junto con una cuchara.

Se dispone esta masa en los acostumbrados moldes (esos moldes en forma de concha que todos conocemos, si bien el sabor es el mismo en moldes de distinta forma) y se meten en el horno donde se dejan cocer por espacio de una hora a fuego moderado. Luego, al comer las sabrosas magdalenas se dedica un pequeño recuerdo (pero esto no es obligatorio) a su inventora y madrina, aquella simpática cocinera del rey de Polonia, Estanislao Leczinski, de quien se habló el domingo último.

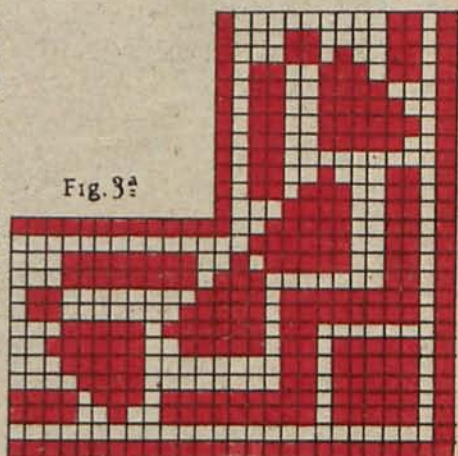


Fig. 3ª